

ARTE LITERARIA.

REVISTA

ECONOMIA POLITICA.

BARCELONESA.

Periódico Propagador

AGRICULTURA.

INDUSTRIA.

DE TODA CLASE DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

Este periódico sale todos los domingos. Sus precios son:

Por un año. 160 Rs.
 Por seis meses. 90 *
 Por tres meses. 50 *
 Por un mes. 20 *

Se suscribe en Barcelona en la librería de su editor
 D. Juan Oliveres, calle de Escudellers, n.º 51, y en los
 demás puntos en las casas de sus correspondientes.

Todo suscriptor recibe GRATIS EL IMPORTE DE SU
 SUSCRIPCION en libros que podrá escoger entre los que
 forman el fondo del Establecimiento tipográfico de su
 Editor, cuyo numeroso Catálogo acompaña los tres pri-
 meros números.

Las personas á quienes no conviniera tomar libros,
 pagarán por su suscripción la mitad de los precios mar-
 cados.

INDUSTRIA AGRÍCOLA.

En medio del desarrollo que van tomando en España todas las clases de industria, aflige ver el estado de atraso y de ignorancia en que se halla la industria agrícola, manantial inagotable de riqueza y fuente perenne de felicidad.

El objeto que se han propuesto los fundadores de la Compañía Agrícola Catalana es probar, no con pomposas frases, sino con ejemplos y con guarismos por ahora, y mas tarde con hechos, las inmensas ventajas que necesariamente ha de dar la agricultura el día en que, dejando de ser una ignorante rutina, se eleve á la categoría de arte industrial.

Así lo han hecho ya, y con éxito increíble, todas las naciones cultas de Europa. Todas ellas han renunciado al sistema, ruinoso cuando es exclusivo, de cereales y barbechos, que antes seguían, y todas ellas han doblado triplicado y hasta decuplicado los productos de sus tierras sus-

tituyendo á aquel cultivo el de prados naturales y artificiales, y, como consecuencia de éste, la cria y cebamiento de toda especie de ganados, así como la mejora de sus castas.

No hay, sin embargo, en Europa, ni acaso en el orbe entero, país que mas seguras ventajas presente, ni mas pingües beneficios prometa al cultivador que nuestra privilegiada España, á lo menos en parajes á donde, gracias á la naturaleza ó á los esfuerzos del arte, se extienden los beneficios del riego. Pero en España, lo mismo que en todas partes, para obtener del suelo estas ventajas, es menester no esquilmarlo, pidiéndole siempre el mismo fruto, y sin darle abono jamás, inconvenientes á que se obvia alternando las cosechas y sembrando prados, con los cuales se crían ganados y se recogen estiércoles.

Otra de las ventajas de este sistema de cultivo es una inmensa economía de mano de obra; pues fácil es probar que una mojada de prado, cuyo producto bruto es con corta diferencia el mismo que el de una mojada de cereales ó plantas legumi-

nosas, cuesta de mano de obra una cuarta parte y no está sujeta á la cuarta parte de las contingencias que amenazan á esta.

No se crea sin embargo, por eso, que la Compañía Agrícola Catalana piensa renunciar completamente al cultivo de cereales. Lo que quiere es concretarlo á menor extension de tierra, en la inteligencia de que, en una labor de 1.000 mojadadas, producirán mucho mas grano 200 mojadadas, habiendo 800 de prados con su correspondiente número de ganados, que las 1.000 sin prados, sin ganados, y por lo tanto sin estiércoles. Una mojada de tierra convenientemente abonada produce mas que veinte que no lo esten. Y hay mas; una mojada de tierra en que se echan veinte cargas de abono produce mas que veinte mojadadas abonadas con una carga cada una. En una palabra, para recoger mucho grano, y recogerlo en poca tierra, y por consiguiente sin gran gasto, es menester sembrar prados; pues el axioma fundamental de la agricultura es un círculo del cual no se puede salir:

Sin prados no hay ganados,
Sin ganados no hay abonos,
Sin abonos no hay mas que miseria y ruina.

Para recoger mucho no basta pues sembrar mucho sino sembrar bien, lo cual consiste principalmente en alternar las cosechas y en abonar convenientemente la tierra, siendo indispensable para esto tener ganados y por consiguiente prados, que es el objeto principal que se propone la Compañía Agrícola Catalana.

La cria de ganados y su cebamiento por medio de prados artificiales y de plantas leguminosas es un ramo de industria casi desconocido en España y uno de los mas productivos que sea posible plantear. En el presupuesto que darémos mas adelante, no se ha calculado mas que á 10 por 100; es decir, al minimum de los demás países, el beneficio que dejan los ganados mantenidos por el método que acabamos de indicar. En España este beneficio debe ser infinitamente mayor.

A todos estos elementos de éxito agregará la Compañía Agrícola Catalana los de la economía que resulta: 1.º de concentrar el cultivo de inmensos terrenos bajo una sola vigilante y entendida administracion; 2.º del empleo de máquinas y enseres de labor perfeccionados; 3.º de la disminucion de mano de obra; 4.º del ahorro de acarreos de estiércoles y frutos; reasumiendo además todas las ventajas que se obtienen de la inteligente combinacion de las diferentes industrias que, reunidas, forman lo que se llama industria agricola.

Ello es indudable que, en un establecimiento del género de los que se propone fundar la Compañía Agrícola Catalana, pueden dar grandes ganancias una infinidad de menudencias que en pequeño es imposible aprovechar. ¿Quién hay, por ejemplo, que no sepa que, con los residuos de la leche, la cáscara de las frutas, las hojas exteriores ó dañadas de las hortalizas, las aguas del fregado, las sobras de la cocina y otros mil desperdicios, pueden cebarse muchos cerdos al año? ¿Quién que ignore que con las patatas que se pudren, con los gusanillos de la tierra y de los estiércoles, con los desperdicios de los granos y otros que nada cuestan, se puede mantener, en parte al menos, un número considerable de gallinas y de toda clase de aves domésticas?

Otro tanto puede decirse de la mano de obra. ¿Cuántos trabajos no pueden ejecutarse sin aumento de gasto en un establecimiento de este género, sabiendo sacar partido de los brazos, de las fuerzas animales, y de los momentos que suelen desaprovecharse cuando no se sigue en la distribucion del trabajo el orden y la regularidad que han de servir de norma á la Compañía Agrícola Catalana?

En vista de estas consideraciones, que son perentorias é irrecusables, hé aquí los puntos de que mas principalmente va á ocuparse dicha Compañía en el establecimiento que se propone crear.

1.º Cria de ganado mular, caballar,

vacuno, lanar y de cerda, y cebamiento de estas tres últimas especies.

2.° Siembra de prados naturales, artificiales como son trébol, mielga, alfalfa, esparceta, arvejas, pipirigayo etc.

3.° Venta de leche y confeccion de manteca y queso.

4.° Cultivo de plantas leguminosas, raíces y granos; como son patatas, remolachas, zanahorias, habas, maiz, cebada, avena, trigo y centeno, bien que estos dos últimos cereales en la menor cantidad posible.

5.° Recoleccion de lino, cáñamo, seda y lana, y elaboracion de estos productos para los usos domésticos.

6.° Establecimiento de molinos, felderías y otras máquinas para la utilizacion de los productos de la finca.

7.° Plantacion de árboles á orillas de todas las acequias, caminos y lindes. De estos árboles son los mas convenientes los chopos, albas, fresnos, plátanos y morenas, por ser de pronto crecimiento, de ventajoso producto y de segura salida.

8.° Cria de toda especie de aves domésticas, como son gallinas, pavos, pintadas, patos, gansos, pichones etc. que podrán casi mantenerse con los desperdicios de la labor.

9.° Plantios y cultivo de árboles frutales y de hortalizas, escogiéndose de aquellos y de estas el mayor número y las mejores variedades conocidas en todos los países, y formando un jardin de aclimatacion de frutos exóticos.

10. Ensayos graduales y progresivos de todas las plantas que mas probabilidades de éxito ofrezcan, y en particular de aquellas que lo hayan obtenido en otros países.

En uno de nuestros próximos números ampliaremos todavía mas estas ideas, concretándonos por hoy á repetir lo que sobre este particular llevamos dicho, es á saber que el objeto que se propone la Compañia Agrícola Catalana es, en concepto nuestro, el mas eminentemente patriótico,

y el mas seguramente lucrativo de cuantos ha imaginado en España el espíritu de asociacion.

HISTORIA.

EXTRACTO

DE LA

HISTORIA DE INGLATERRA (1),

por D. Sebastian Miñano.

Cuando la Inglaterra era todavía bárbara y solo conocida con el nombre de Bretaña, no pudo evitar la suerte común á todas las naciones de ser subyugada por los Romanos, en el siglo primero de la era cristiana, bajo cuyo yugo permaneció sumisa por espacio de cerca de cuatrocientos años. Mientras que los Bretones gozaron de aquella forzada proteccion, fueron perdiendo poco á poco sus

(1) Creemos hacer un servicio á los que no hayan leído la historia de Inglaterra, y mayormente á los que la hayan estudiado bien, poniéndoles á la vista el cuadro de lo mas importante que hay que considerar y retener en ella; no solo por que en él verán agrupados los principales hechos acaecidos en el espacio de veinte siglos, sino porque con estos materiales debidamente amplificados, podrá cualquier escritor curioso formar un buen libro elemental para este ramo de la pública enseñanza. La historia de Inglaterra, tan mal y tan poco sabida generalmente en España, ó por falta de alguna buena traduccion ó por otras razones que ignoramos, es, á nuestro entender, una de las mas útiles que debe estudiar cualquier jóven bien educado, y la mas necesaria para los que aspiran á seguir la carrera de la tribuna pública. Por que no solo se encuentra naturalmente enlazada con ella la historia de Francia, de España, de Holanda y de una gran parte de Alemania, sino que es al mismo tiempo la pintura mas fiel del origen, progresos, inconvenientes y utilidades de los gobiernos representativos, adoptados ya en una gran porcion de la Europa y que amenazan estarlo muy en breve en las restantes. Ofrece tambien este estudio otras muchas ventajas, que tal vez nos servirán de materia para otros artículos de la *Revista*, sobre todo en lo tocante á sus revoluciones especiales, harto mas sangrientas y feroces que la tan ponderada de Francia y de ningun otro pueblo. Mas por ahora limitémonos á hacer el dicho extracto sin detenernos á entrar en otras consideraciones,

costumbres salvajes y guerreras, y cambiándolas por otros goces mas pacíficos, abandonando el rudo ejercicio de las armas para entregarse á las artes propias del estado de paz, y adormeciéndose en el seno del reposo, que luego les fue muy funesto. Apenas se vieron los Romanos atacados en todas partes por los Bárbaros del Norte, tuvieron que abandonar sus conquistas lejanas para concentrar sus legiones, y los afeminados Bretones no pudieron resistir á sus vecinos los Pictos y los Escoceses, á quienes los Romanos mismos no habian podido domar. En tal conflicto, acudieron, segun la costumbre de entonces, á los mismos Bárbaros, llamando á los Anglos y á los Sajones, que vinieron de las costas de Holanda y del Holstein á despojar á los mismos que prometian defender. Asaltados los Bretones por aquellos pérfidos aliados, fueron destruidos y dispersos, huyendo los pocos que quedaron á las montañas de Gales, ó emigrando á una provincia de la Galia, que desde entonces es conocida con el nombre de Pequeña Bretaña. Todavía conservan estos dos pueblos una grande analogia en su idioma; y tal, que acontece á menudo encontrarse marineros de Gales ó de Bretaña prisioneros reciprocamente unos de otros, que principian á hablar el mismo idioma, y bendicen al cielo de una casualidad tan propicia, sin sospechar siquiera la antigua desgracia de que tuvo origen.

Dueños los Anglo-Sajones de la Bretaña, fundaron siete reinos en su nueva conquista, y su historia, que se conoce con el título de *Heptarquía*, no merece la pena de ocuparse en ella, porque toda se reduce á combates, asesinatos y saqueos, que son las ordinarias consecuencias de estas peligrosas divisiones, así como de la inevitable rivalidad de los que las gobiernan.

Ultimamente, á principios del siglo nono,

se apoderó por herencia ó por conquista de todos estos reinos un tal Egberto, desde el cual principia á inspirar interés la historia de la monarquía inglesa.

Siete son las familias que la han gobernado desde entonces, una despues de otra; á saber: la *Sajona*, la *Dinamarquesa*, la *Normanda*, la *Angevina*, la de *Tudor*, la de *Estuardo*, y la de *Brinsuich*. Las tres primeras debieron el trono á la conquista, las últimas á la sucesion por herencia.

Dejemos aparte los dos primeras, porque apenas ofrecen el mas ligero interés sus guerras y revoluciones, debiendo llamar nuestra atencion la tercera, que es en la que da principio la época notable de un trastorno completo en las leyes, el idioma, el derecho de propiedad y las costumbres. Todo cambió de aspecto en aquel país con la llegada de los Normandos, y este es el punto decisivo en que conviene principiar su historia, en la cual procuraremos no omitir los pormenores relativos á las cinco familias y sus descendientes.

FAMILIA DE NORMANDIA.

Rollo, que era caudillo de una de aquellas bandas de aventureros del Norte que arrasaron la mitad de la Europa en los siglos nono y décimo, recibió del rey de Francia Carlos el Simple un heredamiento considerable en la costa occidental de Francia, con el título de ducado. Allí se establecieron Rollo y los suyos, dando á su estado el nombre de *Normandia*, y fue su sexto descendiente y heredero el famoso GUILLERMO, llamado el *Bastardo*, porque lo era por su nacimiento, y el *Conquistador* por su fortuna. Habia ya mucho tiempo que la isla inmediata, llamada ya Inglaterra, se hallaba envuelta en revoluciones y alborotos, por haberse acostumbrado sus pueblos á ver

trastornar el orden de sucesion; y como los Sajones y los Dinamarqueses hubiesen ocupado el trono por turno y acabase de morir recientemente Eduardo el Confesor, que era de la linea sajona, era tal la aversion que tenian los Ingleses al yugo dinamarqués, que precipitadamente ofrecieron la corona á un particular llamado Harold, en perjuicio tambien del descendiente y heredero de la rama sajona. Era este un niño llamado Edgardo Atheling, el cual no hubiera podido defenderlos de aquellos terribles extranjeros. En este trance fue cuando se presentó allí el bastardo Guillermo, duque de Normandía, bajo el pretexto de que habiendo servido su corte de asilo á Eduardo el Confesor, durante sus desgracias, venia á hacerle una visita á Lóndres durante su prosperidad. Supuso Guillermo que aquel monarca reconocido habia hecho un testamento en su favor; y á pesar de que nunca pudo presentar semejante documento, fue este el único título de todas sus pretensiones; pero su verdadero derecho provino de la batalla de Hastings, en que perdió la vida su rival.

Dióse esta batalla el año de 1066, y con ella se terminó la conquista de toda Inglaterra, donde reinó Guillermo el Bastardo hasta 1087, en que murió. Estuvo casado con Matilde de Flandes, que falleció en 1085; y esta conquista ocasionó una revolucion completa en las leyes, las propiedades y el idioma; pues mandó el Conquistador que las actas de legislacion y de gobierno se escribiesen y publicasen en francés. El fue quien introdujo el sistema feudal en Inglaterra, cuyo territorio dividió en sesenta mil feudos, de que hizo repartimientos por la mayor parte á los Normandos. Sus descendientes, que fueron Guillermo II el Rojo y Enrique I, ocuparon el trono por espacio de sesenta y nueve años, hasta que

Matilde, que fue la última princesa de esta familia, le trasladó á la casa de Anjou, en 1154.

FAMILIA DE ANJOU Ó PLANTAGENETO.

Principió esta dinastía en Gofredo Plantageneto, conde de Anjou, que se casó con Matilde, siendo su madre heredera del ducado de Maine, y habiendo su padre ido á reinar en el Asia, por haberse casado en segundas nupcias con la heredera del trono de Jerusalem, donde continuó reinando su descendencia hasta la tercera generacion en que se extinguió. Enrique, el hijo de Matilde, fue el primero de los Plantagenetos que heredó el trono de Inglaterra y la Normandia por su madre, y las provincias de Maine, el Anjou y la Turena por su padre, á cuyos dominios añadió inmensas posesiones, casándose con Leonor, heredera de Aquitania, que le trajo en dote todas las provincias occidentales de Francia, desde el Loira hasta los Pirineos. Con todas estas ventajas patrimoniales, se estableció en Inglaterra la ilustre casa de Anjou, que reinó mas de trescientos años, y dió de sí los mas brillantes soberanos de aquella monarquia y los materiales mas importantes para su historia. Principalmente Enrique II, Eduardo I, Eduardo III y Enrique V fueron de aquellos monarcas cuyos nombres se recuerdan con orgullo y complacencia, no solo por sus victorias y conquistas, sino tambien por sus leyes. Pero al mismo tiempo los reveses, infortunios y el trágico fin de aquella casa tan célebre, suministran abundantes reflexiones á los políticos y filósofos de todas las naciones y de todas las épocas; pues acabó en el campo de batalla, donde la familia de Tudor, que era su heredera por la linea femenina, vino á recoger sus sangrientos despojos. Catorce fueron los

soberanos de esta familia que ocuparon el trono por espacio de trescientos treinta y un años, á saber: Enrique II, tan feliz en sus empresas exteriores como desgraciado en lo interior de su casa. Casó con Leonor de Guiena, que habia sido repudiada por Luis VII, rey de Francia, y murió en 1202; y en segundas nupcias con la bella *Rosamunda Cliffort*. Además de los vastos dominios que ya hemos dicho que poseia, conquistó la Irlanda en 1172, y se apoderó de la Bretaña. En su tiempo se hicieron las famosas constituciones de Clarendon, publicadas en 1164 y acaeció la muerte de Tomás Becket en 1170. Falleció este soberano el año 1189, y le sucedió en la corona Ricardo I, Corazon de Leon, el héroe de la tercera cruzada, que casó con Berenguela de Navarra, y fue muerto el año 1199. Debió sucederle en la corona su verdadero heredero Arturo, quien en efecto fue declarado rey apenas falleció su padre; pero le asesinó su tío Juan sin Tierra, así como también tuvo encerrada toda su vida á su hermana y heredera inmediata Leonor, llamada la infanta de Bretaña, hasta que murió el año 1214.

No disfrutó largo tiempo Juan sin Tierra el fruto de su criminal usurpacion, pues murió miserablemente el año 1216, despues de un reinado vergonzoso en que se declaró vasallo del papa y firmó la famosa *Carta magna*. Sucedióle en el trono Enrique III de Winchester, que reinó cincuenta y seis años, y es uno de los mas largos reinados que ofrecen los anales de Inglaterra, así como también el mas fecundo en disensiones civiles. Estuvo casado con *Leonor de Provenza*, favoreció imprudentemente á muchos extranjeros, creó la cámara de los comunes, y pereció en Evesham el año 1272. Tuvo por hijas á Juana, que fue reina de Escocia; á Isabel, que casó con el emperador Federico II, y á Leonor, que se

casó en primeras nupcias con el conde de Pembroke, y despues con el famoso conde de *Leicester*; y de resultas, del fin trágico de este último, fue desterrada con sus hijos, á quienes asesinó su primo Enrique en 1272.

Eduardo I, llamado el Largo, fue un príncipe capaz, firme y sobre todo justo; y así su reinado fue feliz y aventajado, pues conquistó el país de Gales, invadió cuatro veces la Escocia y estableció los jueces de paz. Estuvo en la Tierra Santa, y fue casado primero con doña Leonor de Castilla, y luego con Margarita de Francia. Murió el año 1307, y le sucedió su hijo Eduardo II, príncipe débil é inconsiderado, á quien fueron funestísimos sus dos favoritos *Gaveston* y el *Despenser*, los cuales no solo perecieron violentamente, sino que ocasionaron la pérdida de su amo, verificada del modo mas bárbaro que presenta la historia de ningun pueblo, incluso los antropófagos. Despues de haber sido depuesto y aprisionado por las maquinaciones de su mujer Isabel de Francia, entraron una mañana cuatro asesinos en su cuarto, los cuales llevaban orden de matarle sin que apareciesen señales exteriores de la violencia; y para ello, despues de muchas consultas entre sí, convinieron en introducirle por el ano un asta de buey aserrada por la punta; y por aquel hueco le metieron en las entrañas un hierro candente, con el que le acabaron á fuerza de inauditos tormentos. Así pereció aquel infeliz monarca, el año 1327, y dejó vacante el trono para su hijo Eduardo III.

Bien al contrario de su padre, fue este uno de los príncipes mas gloriosos de Inglaterra, como que ganó en persona las célebres batallas de la Esclusa, de Crecy y de Poitiers, y tuvo prisioneros á un tiempo al conde soberano de Blois, y á los reyes de Francia y de Escocia. En su tiempo se in-

ventó la artillería, se fundó la orden de la Jarretera, y se abolió el idioma francés en la legislación y en los actos gubernativos. Estuvo casado con *Felipa de Hainault*, de quien tuvo al célebre príncipe Negro, que fue uno de los principales héroes de Inglaterra, y al famoso Leonelo, duque de Clarence, que murieron antes que su padre, el primero en 1376, el segundo en 1368, y el monarca en 1377.

Sucedíole en la corona Ricardo II, que también fue depuesto y bárbaramente asesinado en su prisión el año 1400, después de haber estado casado con Ana de Bohemia, y luego con Isabel de Francia. Dos años antes de su muerte había sido declarado Rogerio por el Parlamento, heredero presuntivo de la corona; pero habiendo sido muerto en Irlanda, usurpó los derechos de la casa de Mortimer y Clarence, el duque de Lancaster bajo el nombre de Enrique IV. Esta usurpación fue el primer origen de la famosa guerra de las dos Rosas que produjo al fin la extinción de las dos familias de Lancaster y de York. Reinó Enrique IV durante catorce años, esto es, desde 1399, en que se apoderó violentamente de la corona, hasta 1413 en que murió, dejando tres hijos legítimos y algunos bastardos. Entre los primeros se cuenta *Felipa*, que casó con el rey de Portugal, en cuya descendencia fundaba en tiempos posteriores Felipe II, rey de España, sus derechos á la corona de Inglaterra; y *Catalina*, que casó con el rey de Castilla. Subió Enrique V al trono el día mismo de la muerte de su padre, con no poco pesar de los Ingleses, por causa de los escándalos y desórdenes de que había dado ejemplo su juventud; pero lejos de continuar en ellos después que se ciñó la corona, fue su reinado uno de los mas brillantes de Inglaterra, realzándole con la famosa victoria de Azincourt y con el tratado de Tro-

yes. Fueron hermanos suyos el duque de Clarence, á quien mataron en Beauge, en 1421, el de Bedford, que fue el príncipe mas cumplido de su tiempo, protector de Inglaterra y regente de Francia; y el duque de Gloucester, que murió degollado, en 1446. Estuvo casado con *Catalina de Francia*, en quien solo tuvo un hijo, que fue su desgraciado sucesor Enrique VI, y su viuda se volvió á casar después con Owen Tudor, fundador de la dinastía de su nombre, que murió decapitado en 1461. Acaeció la muerte de Enrique V en 1422, dejando á su hijo Enrique VI de edad de nueve meses, dueño de las coronas de Francia é Inglaterra, que ambas perdió sucesivamente, y murió sacrificado en 1472. Su vida no fue mas que una continuación de miserias é infortunios, originados en gran parte de la sangrienta lucha de las dos Rosas encarnada y blanca, que al fin le precipitó del trono. Estuvo cuatro veces prisionero, ya de unos ya de otros, y su infeliz hijo Eduardo, príncipe de Gales, fue asesinado inhumanamente en Tewkesbury, el año 1471, por orden de su enemigo y sucesor Eduardo IV. Este príncipe fue el último descendiente varón de la línea de Enrique IV, extinguiéndose en él la rama de los Lancaster, para que al cabo de cuatro generaciones volviese á reinar la de la casa de York, ó, como si dijéramos, la Rosa blanca.

Eduardo IV fue un príncipe atrevido, activo y emprendedor, que habiendo usurpado la corona diez años antes del legítimo sucesor de ella, esto es, en 1461, se casó con *Isabel Woodville*, aunque ya pasaba por estar casado, no con *Isabel Lucy*, que no era mas que su querida, sino con *Leonor Talbot*, viuda del lord Butler, cuya circunstancia hizo que se tuviesen por ilegítimos los hijos de este monarca, y que perteneciese legítimamente la corona á Ricardo III. Cuando

decimos *legítimamente* es solo siguiendo la lógica del que por entonces triunfó de los derechos de su sobrino Eduardo V, á quien arrebató la corona y la vida en la prision donde le tenia encerrado con otro hermanito suyo. Pero es tal el embrollo y confusión de los historiadores acerca del carácter, virtudes, vicios y prendas del duque de Gloucester, ó sea Ricardo III, que es sumamente difícil asentar un juicio cabal sobre si ha de tenérsele por un asesino, envenenador, usurpador y tirano, ó bien por un príncipe valiente, justo y legítimamente llamado al trono y coronado por el voto de la nacion. La mayor parte de los historiadores le pintan con colores odiosísimos, pero es menester hacerse cargo de que estos escribieron bajo el reinado de su sucesor y rival Enrique VII, y es natural que propendiesen á adular sus pasiones é intereses. Posteriormente Horacio Walpole emprendió justificar su memoria en una disertacion llena de documentos importantísimos y que cuando no convengan, inclinan á lo menos el animo á persuadirse de que pudo haber mucho de calumnioso en la pintura que generalmente se hace de Ricardo III, y el mismo Luís XVI que, durante su larga prision en el Temple, se distraía traduciendo la disertacion de Walpole, añade algunas reflexiones favorables á Ricardo. De todos modos, nosotros nos limitamos por ahora á seguir el orden cronológico que nos hemos propuesto.

Sucedió á Eduardo IV su hijo Eduardo V, duque de York, que en aquel mismo año, 1483, fue asesinado en la Torre, donde estaba encerrado con su hermano por orden de su tío Ricardo III, el cual fue tambien muerto en la batalla de Bosworth, el año 1485, y en él acabó por segunda vez la rama de York cediendo el puesto á la dinastía de los Tudor. (*Se continuará.*)

POESIA.

En cumplimiento de la palabra que en el n.º 2 (pág. 25) de esta *Revista*, dimos á nuestros lectores, insertamos á continuacion un bellissimo fragmento del célebre poema de Ariosto, traducido por nuestro colaborador el señor D. Augusto de Búrgos (1).

Al pie de las murallas Agramante
Y en las aldeas que á París circundan,
Las sus tropas de á pie coloca en esto;
Que, en un ataque vigoroso y presto,
Sus esperanzas últimas se fundan.
Quien capaz fuera de contar la gente
Que, contra Carlos, mueve en este instante
El arabe arragante,
Contara facilmente
Las plantas todas que la umbrosa espalda
Del Apenino encubren, y las olas
Lanzadas de las costas españolas
Que van de Atlante á salpicar la faldá,
Y las lumbreras que, en la noche, miran
A los tiernos amantes que suspiran.
Con fragor espantoso y repetido
De París las campanas se agitaban,
Y en los templos de Dios, á su sonido,
Millares de devotos
Las manos y las súplicas alzaban.
Fueron tantos los votos
Al Señor ofrecidos aquel día,
Que, á tener en el cielo
Tanto valor como en la tierra el oro,
Recibiera cada ángel un tesoro.
Alzan la voz quejándose los viejos
De que los haya el hado
Para ver tanta ruina reservado,
Y, con mente envidiosa,
Del amigo se acuerdan y del deudo
Que del sepulcro en la mansion reposa;
Mas, de la edad adusta
Consejos y temores despreciando,
Llena de ardor, la juventud robusta,
De los muros volando á la defensa
Ni en el peligro que le amaga piensa.
Juntos allí se ven condes, barones,
Roses y duques, príncipes, marqueses,
Soldados extranjeros y franceses.
De honor, de celo y fe cada cual lleno,
A Carlos ruega que baje los puentes
Y atacar le conceda al sarraceno;
Mas, bien que de este ardor se felicite,
El sabio emperador no lo permite;

(1) Esta obra constará de 3 tomos en 8.º mayor de mas de 300 páginas cada uno, al precio de 12 reales por tomo para los señores suscriptores, y 14 para los que no lo sean. Van publicados dos tomos. El 3.º está en prensa.

Y, en los sitios mas propios y oportunos
 Para cerrar al bárbaro la vía,
 Con tino disponiéndolos, á algunos
 Este puesto confia,
 Mientras al otro gruesa hueste envía.
 Al uno ordena que encendidas siempre
 Las hogueras mantenga;
 Al otro que hácia el punto á dó convenga
 Las máquinas transporte y, de este modo,
 Carlos está dó quier, y atiende á todo.
 Sobre un llano, en el centro de la Francia,
 Sentado está París. Sus muros besa
 El Sena, que los corta y atraviesa,
 Formando enmedio unaínsula, que abarca
 La mas bella porcion de su comarca.
 Completan la ciudad otras dos partes
 Cuyo exterior protegen sus baluartes,
 Y cuyo interior lado
 Por el curso del Sena está guardado.
 Por varios puntos á la vez, se expugna
 Ciudad que leguas de circuito cuenta;
 Mas el rey Agramante,
 Que á dividir su ejército repugna,
 Por solo un lado acometer intenta.
 De la muralla en torno el sabio Carlos
 Armas y municiones acopiando,
 Las orillas del Sena fortifica
 Con fosos y con muros que fabrica,
 Y su curso defendiendo
 Con sólidas cadenas que en él tiende;
 Luego á los puestos corre y los pertrechia
 En proporcion al riesgo que sospecha;
 Y, las miras del moro penetrando,
 El sitio ya por dó su ataque apresta,
 Y sus designios frustra ó contraresta.
 Mientras que con sus tropas Agramante
 Har el asalto á la ciudad debia,
 En el campo Marsilio aguardaria
 Con Forragut, Gandonio, Balugante
 Falstion, Isolerio, Serpentino
 Y con la gente que de España vino.
 Del Rey Marsilio á la siniestra mano,
 Sobre el Sena apoyábase Sobrino,
 Con el hijo de Almonte, con Puliano
 Y con el rey de Oran que alza insolente,
 A seis brazos del pié, la erguida frente.
 ¿Porqué mi pluma á fatigarse empieza,
 Mientras con tal prosteza
 Las armas mueve toda aquella gente,
 Y Mientra el rey de Argel impetuoso
 Grita, blasfema, y hiere sin reposo?
 Cual del estío en las ardientes horas,
 Agitando las alas zumbadoras,
 Un enjambre de moscas acomete,
 Ya de espumante leche el tóxico vaso,
 Ya los restos de espléndido banquete;
 O cual se arroja, acaso,
 Banda de torcos sobre cepa opima
 De racimos maduros,
 Así lleno del fuego que le anima
 Acude el agareno hácia los muros.
 De lo alto dellos, con ardor no visto
 Resiste fuerte el adalid de Cristo.
 Si uno parece; su glorioso puesto
 Otro ocupa bien presto;
 Y sus golpes en tanto

A mil moros y á mil de vida privan
 Y en el profundo foso los derriban;
 Que no tan solo espadas, picas y hachas
 A su defensa sirven de instrumentos,
 Sino que gruesas peñas, y fragmentos
 De almenas y baluartes
 Lluven sobre el infiel por todas partes;
 Y agna hirviendo que abrasa y le ciega
 Y viva cal y arroyos de resina,
 De azufre, nitro, y pez y trementina,
 Y aros de hierro al fuego enrojecidos,
 Ominosa corona,
 De que aquel que la cifo no blasona.
 De Buraklo y de Ormida en compañía,
 Al pié de la muralla, en este tiempo
 Rodomonte otra hueste conducia.
 Clarindo y Soridano
 Han con él, De Ceuta el soberano
 Y el de Cosca y Marruecos le seguan
 Y en afán de brillar se consumian.
 Del rey de Argel en la purpúrea enseña
 Brilla un leon, á quien á abrir obliga
 La boca una beldad que lo domieña.
 Emblema es el leon de Rodomonte
 Y la doncella es su adorada amiga,
 A quien volara á libertar gallardo
 Si supiera que es hoy de Manflicardo.
 En este tiempo, y en un mismo instante,
 De combatientes llenas
 Mil escalas invaden las almenas.
 Y «adelante, adelante»
 Gritando algunos con audaz denodo,
 Animo dan á los que sienten miedo.
 Ni hay forma de cojar, ¡Guay del que quier
 Salvar su vida ó que en orden alfoja!
 Al que vacila, con su espada hiezo
 Y al hondo foso arroja
 Rodomonte, que ardiendo en saña loca,
 Al mundo entero y hasta á Dios provoca,
 Y que, huyendo los sitios mas seguros,
 En busca va de riesgos y de apuros.
 Cebido de la espada y la armadura
 Que fabricó Nembrot, su propio abuelo,
 Cuando impia guerra quiso hacer al cielo,
 Rodomonte que, altivo cual aquesto,
 La bóveda celeste
 Impávido asaltara, si existiera
 Camino que hasta allá le condujera,
 En el foso se arroja, se adelanta,
 Y, veloz cual el rayo, lo atraviesa.
 Bien que el agua lo llegue á la garganta,
 Y, de cieno y de sangre amancillado,
 De audacia dando pruebas manifiestas,
 A la muralla sube
 Por medio de una nube
 De fuego, dardos, piedras y ballestas.
 Encubierta la frente
 Con su broquel, al parapeto llega
 Y, atacando la puente
 Dó, atónito, el cristiano se repliega,
 Hiere y destroza y en purpúreo lago
 Convierte el acelo, y brazos y cubrezas
 Del alto muro hace rodar al foso,
 Causando el mismo estrago
 Que hace en Volana jabali furioso.
 Suelta el broquel; en la ansia que le anima,

La espada empuña; y contra el duque Arnolfo,
Venido há poco del nublado clima
Dó el Rin se lanza en el salado golfo,
Se dirige veloz. Cual se resista
A la llama la pólvora, así el triste
Arnolfo contra el golpe se defiende
Que en tierra, hendido hasta el arzon, lo extiende.

Tal es la confusion, tal el conflicto
En que del moro pone el hierro invicto
A la cristiana gente, há poco altiva,
Que de un solo revés á Flándes priva
De Anselmo y de Oldarado. Con las de estos,

Las cabezas dorriba
De Espinolocio y Prando,
Guerreros del ejército normando.
Hasta el vientre, en seguida,
Al maguntino Orqueto atravesando,
Con la sangre exhalar le hace la vida.

Desde el muro despues vienen al foso
El sacerdote Andrópono y Mosquino
Quo, adorador del vino,
Del agua, mas que de áspid ponzoñoso,
Toda su vida huyó, y á quien funesta
Doblemente es la muerte

Que recibe en el agua que detesta.
En dos á Luis el provenzal divide.

El tolosano Arnaldo
La tierra, al lado de Dionisio, mide;
Y la miden también Hugo y Ambaldo,
Huberto, Satalon, Claudio, Gualtero
Y otros mil, de los cuales

Ni el nombre aquí, ni la nacion refiero.

Detrás de Rodomonte, en la muralla
Penetra en tanto la feroz canalla,

Al cristiano poniendo en grande aprieto.

Con órden al segundo parapeto,

Este, entonces, replégase seguro

De que, no sin esfuerzo y sin apuro,

Podrá el infiel atravesar el trecho,

Que del uno separa el otro muro.

Desde el segundo, fuertes y gallardos,
Algunos con ventaja se defienden,
Mientras, con lanzas, piedras y con dardos,
Desde una alta cortina, otros ofenden
A la copiosa chusma que, aterrada,
Empezaba á ceder, y que cediera,
Si el de Argel no acudiera. Con su espada
Hiere á la muerte al que al terror se entrega;

Por el cabello al uno,

Por el cuello ael al otro ó por los brazos;

De sangre al suelo riega,

Y de miembros y cuerpos en pedazos

El ancho foso, hasta los bordes, elega.

Mientras, en lo hondo de este abismo horrendo,

Los bárbaros cayendo,

Buscan con nuevo afán nuevas escalas

Por trepar al segundo parapeto,

El rey de Argel, cual al sutiles alas

Llevara en vez del espaldar y el peto,

Veloz del foso al otro lado salta;

Con sangre del francés el suelo esmalta,

Ruina sembrando y destruccion. No hay cota

Que el golpe al pecho dirigido tuerza.

Antes, cual vidrio rota,

Salta al sentir su incontrastable fuerza.

Bajo el cielo del foso acumuladas

Por Cárlos, antes del asalto, fueron
Estopas y fajinas embreadas
Odres de acelle, azufre, de salitre
Y de otras mil materias inflamables,
Que un horrendo castigo
Reservaban de Dios al enemigo.

En tanto que este, por hallar salida
Y por subir al muro se esforzaba,
La llama, por mil partes encendida,
En una sola al cielo se elevaba,
Y, el sol oscureciendo,
Sepultaba á París en caos horrendo.

A su rugir continuo y espantoso
Se mezclaba la horribona armonía
De la misera gente que, en el foso,
Por culpa de su jefe, parecia.
Gritos, clamores, llanto,
Estrago, horror, desolacion y muerte
Dó quier el alma estremeceida advierte;

Mas tiempo es ya de respirar un tanto,
Aqui poniendo término á este canto.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

por D. Patricio de la Escosura.

SEGUNDO CUADRO.

DOS DESENLACES DE UN SOLO DRAMA.

II.

A la hora acostumbrada estábamos reunidos la mayor parte de los concurrentes de la tarde anterior en casa de nuestro amigo, cuyo nombre, que era don Antonio, no he dicho todavía á mis lectores. Faltando, sin embargo, algunas personas, se convino en suspender la prosecucion del cuento interrumpido, hasta que estuviésemos todos; y entretanto recayó la conversacion, como era natural, sobre el punto que estaba pendiente.

Don Diego, que no renunciaba fácilmente á sus opiniones, y que además estaba un tanto mortificado viendo que le combatia don Antonio, fue quien primero renovó la lucha diciendo:

— Dos cosas pienso de la historieta de ayer, Sr. don Antonio: la primera que es asunto trillado, y por lo mismo sin interés, la segunda que va á ser argumento *contra producentem*, como se decia en la universalidad cuando éramos muchachos los dos.

— Contestaré, — repuso el interpelado, — que yo no prometí á Vds. una novela, y que los sucesos reales y verdaderos de esta prosaica vida que nos cupo en suerte ofrecen rara vez el carácter dramático y origi-

nal con que, á costa de la verosimilitud, nos interesan los libros de pura invencion. Esto en cuanto al primer punto; por lo que al segundo respecta déjeme V. concluir y juzgará luego.

— Yo, —dijo Alfonso, — quisiera á decir la verdad, que el señor don Antonio pusiera un poco mas en evidencia á sus personajes, que los hiciera hablar á ellos, y dejase á cada uno de nosotros el cuidado de deducir las consecuencias de los hechos.

— Lo que V. quisiera, amigo mio, — contestó el huésped, — es que yo con mis sesenta años y mi peluca y todo, le pintase muy al vivo los transportes de Sancho y Leonor, poniendo en primer término del cuadro á los dos amantes, y en el fondo, para dar sombra y por consiguiente realce á los culpables, al marido víctima, pintándole con tan negros colores, que todos á una voz clamáramos anatema y maldicion sobre el tirano! No por cierto: no lo haré, porque á mis años ya no se ven las cosas al trasluz del prisma de las pasiones; no lo haré, porque en mi entender pintar el vicio con los mismos colores que el heroismo es abusar criminalmente del talento; no lo haré, en fin, porque el objeto que me he propuesto es el de hacer un estudio analítico de dos épocas distintas, comparándolas entre sí, y no el de interesar con dos historietas que nada ofrecen de particular. Si Vds. creen que la cuestion pendiente vale la pena de que prosiga, lo haré, sino hablemos de la ópera de anoche; y de todas maneras tomemos café.

Rogámosle todos que continuase su cuento, y en efecto, lo verificó nuestro complaciente amigo de esta manera:

— Vamos á dar un gran salto, Señores, trasladándonos á unos tres siglos, poco mas ó menos, despues de la época en que ayer dejamos pendiente nuestra historia; y para que la transicion de sucesos á sucesos no sea tan violenta, digamos algo del teatro de la nueva escena.

Imaginen Vds. que estamos, como ayer, en Andaluca, pero no ya sobre un alto cerro sin mas edificio que un castillo feudal, sino en una villa de mediana poblacion, edificada sobre la vertiente del monte y coronada por una especie de palacio, en cuya fachada dórica se revelan los arquitectos del tiempo de Carlos III; pero que con dos torres, ruinosa la una, si bien conservada la otra, da testimonio de su origen y uso primitivo. Al angosto sendero del siglo XVI ha reemplazado anchuroso camino practicable para los carruajes; orillas del arroyo antes solitario se levantan blancos molinos de aceite; y á la roja flor de la amarga adelfa, á la nieve de los salvajes lirios, unen su ver-

dura y lozania el naranjo, el limonero y el olivo. La mano de la civilizacion ha cambiado el aspecto de la que fue frontera del Moro; y si bien la guerra de la independencia, reciente en la época á que ahora me refiero, dejó estampadas sus huellas allí, como en toda España, con numerosas y humeantes ruinas; con todo eso, la accion de tres siglos hizo prodigios, y si los contemporáneos de Carlos I resucitasen, difícilmente reconocieran aquella region.

Era una tarde del invierno, iba el sol á ocultarse entre cenicientas nubes, y sus tibios rayos coloraban apenas las ennegrecidas piedras de la antigua torre, cuando con asombro del cura, del médico y de algun otro personaje de la villa, que en el camino daban su acostumbrado paseo, comenzó á subir hácia el palacio, al trote de ocho rozagantes mulas, un coche de colleras, mole inmensa, mas propia para dar idea del reposo de los cuerpos que para instrumento de locomocion. Entonces no habia, Señores, otros medios para viajar; hoy, merced al cielo, tenemos ya en España diligencias aunque pocas.

Feliz acontecimiento fue para los paseantes la llegada del coche, pero mas completa fuera su ventura si unas malhadadas persianas verdes no impidieran al mas curioso é intrépido de todos ellos (el barbero seria), que al efecto subió sobre uno de los guardacantones del camino, penetrar con la vista en lo interior de aquella máquina dorada y estofada á manera de retablo de Churriguera, y ver por consiguiente quien ó quienes eran el caminante ó caminantes que á la villa venian. Mas el zagal entre las dos mulas delanteras, y el mayoral sobre su pescante, corriendo aquel con extraña ligereza de piernas; voceando este con pulmones de bronce y descargando la tralla ya sobre la *Morota*, ya sobre la *Coronela*, que formaban su valeroso par de lanza, se dejaron bien pronto atrás á los curiosos envueltos en una nube de polvo, ocultándose á su vista en una de las muchas vueltas y revueltas del camino, merced á las cuales era posible al tiro arrastrar el coche hasta la cima del monte.

¡Oh, si yo fuera uno de aquellos bienaventurados narradores cuyo talento descriptivo extiende, deslie y, por decirlo así, disuelve los sucesos, en un mar de entretenidos y maravillosos pormenores! Entonces me los llevaria á Vds., mis caros oyentes, como por la mano á la casa del cura, haciéndoles asistir, ni mas ni menos que el ama de su merced, á la tertulia que bajo la campana de la chimenea, cuyo vuelo no se extendia á menos de un buen tercio de la cocina, tenian todos los paseantes y algunas personas mas de la vi-

lla. Faltábame entonces solo la pluma, festiva á par que docta y tan ligera en las formas como en la observación profunda, de ese escocés llamado Walter-Scott, cuyas obras han dado á la novela una importancia que, desde Cervantes y Lesage acá, no tuvo nunca; faltábame, digo, esa pluma no mas, y yo entonces repetiría un coloquio en el cual se apuraron cuanto la ociosidad curiosa, la lógica desconcertada, y la mordacidad mezquina de un pueblo corto pueden inspirar á gentes, en el fondo buenas, pero excitadas por el impotente deseo de saber lo que ignoran. Y todo esto, amigos míos, porque el consabido coche había entrado en el palacio, cerrándose tras de él la puerta cochera, y sin que ni los criados del conde San Justo, que la habitan ordinariamente, ni persona alguna saliera á dar noticia de quien eran los recién llegados.

No crean Vds. que voy á dejarles con igual curiosidad; antes al contrario, siganme al patio interior del palacio, cuadrilongo formado por cuatro pórticos ó soportales, en cuyas columnas, del mismo orden que la fachada, estribaba una galería, ostentando sobre el arco del centro de cada lienzo un escudo de armas, esculpido con inteligencia en el blason y gusto en el dibujo; y si quieren Vds. llegar conmigo hasta el pie de una ancha escalera de piedra, donde la falta de uso dejó crecer la yerba entre sillar y sillar, verán abrir la portezuela del coche á un sumiso mayordomo, y bajar de él á dos personas; un hombre y una mujer.

Bajó aquel primero y tendió grave y cortés la mano á la segunda. Ella, alargando la suya y apoyándola apenas en la de su acompañante, salió del coche y con trémulos pasos comenzó á subir la escalera.

Alto de cuerpo, nervudo de constitución, blanco el cabello, severo de aspecto, grave en el porte y envuelto en un gran *carrik* ó capote con muchas esclavinas que entonces era de moda, con planta firme subía el hombre en pos de la dama, siendo de notar que iba de media de seda blanca, calzon corto del mismo color y zapato con hebilla, traje que ni en aquel tiempo ni en ninguno se ha usado para viajar. En cuanto á la señora, parecia tener la tercera parte de los años que el que iba en su compañía, es decir, unos 19 ó 20, y su rostro, singularmente pálido, era bello á pesar del sobresalto que en él se notaba. Por lo que respecta al traje no ofrecia menos contraste el de aquella señora con su situación que el de su acompañante; pues debajo de una especie de capoton ó sobre todo de esquisito paño de Damas se dejaba ver, ya por una parte ya por otra, un magnífico vestido de

raso blanco guarnecido de primorosas artificiales flores. Todo lo observaba el mayordomo con gran sorpresa, pero guardábase bien de hablar palabra y hasta de manifestar alteración en el semblante; porque su amo el conde de San Justo, que era quien con su joven esposa acababa de llegar, gustaba poco de curiosos é impertinentes, y menos de que sus criados se metiesen en mas honduras que en cumplir con sus obligaciones respectivas.

Dos palabras sobre el Conde: militar desde sus mas tiernos años, como de tiempo inmemorial lo habían sido siempre todos sus abuelos, era ya coronel de un regimiento provincial y brigadier de infantería, cuando estalló la guerra de la independencia. En ella combatió como buen español y excelente soldado, obteniendo, mas aun que por su nombre y posición social, por su valor intrépido y su inflexible firmeza en el mando, el empleo de teniente general y la gran cruz de san Fernando. Como militar era estimado, como jefe temido y como funcionario público gozaba de la mas alta reputación de integridad; mas como hombre pocos le amaban. ¿Porqué así? Su carácter taciturno, un espíritu de orden que frisaba en exagerado rigorismo, una severidad en hacer justicia que, no dando nunca oídos á la misericordia, parecia muchas veces crueldad, y es posible que algunas lo fuese, eran defectos que deslustraban dotes y buenas prendas, que por otra parte nadie le negaba. Tan cierto es que en este mundo, hasta la virtud misma ha menester ser amable para que la amemos. Tal era, señores, el conde de San Justo, esposo á los sesenta años de una linda muchacha, gala y ornato de las riberas del Betis.

Bastó y aun sobró tanto tiempo como acabo de gastar en mi tosco retrato del conde para que él y su mujer llegaran al piso principal, y fueran por el mayordomo introducidos en una espaciosa antesala, oscura mas que por falta de luz, por sobra de tapices en las paredes y profusión de damascos en las ventanas.

Antes de pasar adelante, bueno será decir á Vds. que conozeo el lugar de la escena por haberlo habitado durante algunos meses, y que sé todos los pormenores del suceso de boca del mismo mayordomo, en quien hizo profunda impresion, y que gustaba de referirlo mas de lo que la discreción aconsejaba.

Habia, pues, en el fondo de la antesala una grande y tallada puerta de nogal que comunicaba con el estrado ó sala de recibo; á la izquierda, otra que daba paso á las numerosas habitaciones de la parte moderna del edificio; y otra, á esta frontera, ligaba al palacio con el antiguo castillo por medio de una inmensa galería, cuyo extremo opuesto era ingreso

á la mejor conservada de las dos torres de que me parece haber hecho ya mencion. La hora, lo inesperado del arribo de sus amos, y mas que todo la sorpresa que lo singular de su traje le causaba, hicieron que, vacilando el mayordomo en cual de las puertas habia de abrir, la del estrado ó la de las habitaciones, y deteniéndose en medio de la antesala, se volviese á sus amos con intencion de tomar sus órdenes; pero el conde, sin darle mas tiempo que el necesario para que acabase de fijar en él la vista, le dijo señalando al mismo tiempo la entrada de la galeria: — Por alli, don José. — Es de advertir que en los veinte años que don José llevaba de mayordomo apenas habia tenido ocasion de abrir la puerta que se le señaba, mas que para enseñar la galeria á alguno que otro curioso viajero; porque la habitacion de la torre, si bien conservada como histórico monumento de la familia, jamás fue ocupada por ninguno de sus individuos. Así no extrañarán Vds. que, lleno de admiracion, dejase, acaso por vez primera, de obedecer instantáneamente la órden recibida; pero el conde repitió con acento breve y enérgico tono: — Por alli, don José; por alli lie dicho; — y el criado, buscando solícito en el manajo de sus llaves la de la antigua y maciza puerta, abrióla de par en par con cuanta presteza pudo. Entonces, sombría como la incierta luz del crepúsculo de la tarde, silenciosa como un sepulcro, y lóbrega como una prision, mostróse á la pálida y aterrada dama aquella galeria donde, ni aun en mas alegres momentos osó nunca penetrar, sin que un presentimiento indefinible, un terror vago de aquellos que hielan la sangre en las venas sin que la razon acierte á darnos cuenta de la causa que lo motiva, hiciera palpar su corazon. Habia ya el mayordomo entrado en la que fue parte del antiguo castillo, sus pasos, aunque mesurados, resonaban en la maciza bóveda, y el conde indicaba con severo ademán á su esposa el camino que debia seguir: mas ella, cual si sus plantas hubieran echado raíces en el suelo, permanecía inmóvil. Conociendo que no le seguan, arriesgóse don José á volver atrás la cabeza, y vió á su señora, mas pálida que nunca, levantar sus ojos arrasados en lágrimas al rostro de su marido, cruzar las manos en actitud de súplica, mover los labios como si fuera á hablar; pero la fria severidad, la inflexible expresion de dureza que vió en el rostro del conde y un ademán imperioso de este pusieron término al no empezado ruego, y la decidieron á obedecer. Decia el mayordomo, refiriéndose al caso, que su ama parecia victima que al suplicio caminaba, y su señor; no verdugo, pero sí juez implacable que

por sí mismo quiere asegurarse de la ejecucion de su terrible sentencia. Los retratos de los ascendientes del conde, cronológicamente ordenados en la galeria, como yo los he visto aun, fueron mudos testigos de aquella escena; y en verdad que la reunion de tantos guerreros armados unos de punta en blanco, otros con el traje flamenco ó chambergo; de cortesanos ataviados con las ricas pomposas galas que de la corte de Luis XIV trajo á España su nieto Felipe V. de obispos y otros eclesiásticos; de caballeros de las órdenes militares; de graves togados; de discretos palaciegos en traje, que aun en nuestros dias hemos visto y se llamaba de corte; aquella reunion, digo, de tan extraños personajes, era una especie de congreso de los diferentes siglos, donde todas las profesiones de la nobleza tenian su representante. Mas no bajo ese aspecto debia de considerarlos entonces el conde su nieto, sino como terribles jueces de su conducta que iban á pedirle cuenta severa del esplendor del nombre que le habian transmitido. Tales eran las ideas de los antiguos nobles dignos de serlo; y aquellos que solo se acordaban de sus blasones para fundar en ellos necia vanidad, en el desprecio de sus iguales y en la mofa que de ellos hacian sus inferiores hallaban merecido castigo. Nuestro conde era, como decirse suele, hombre *chapado á la antigua*, y caballero además á todas luces. Cuales serian los pensamientos de los esposos mientras el mayordomo abria la puerta forrada con planchas de duro hierro que, en el fondo de un arco de los que los arquitectos llaman arábigos y tienen forma de herradura, cerraba el ingreso á la torre, no puedo decírselo á Vds.; pero sí, que cuando aquel, concluida su operacion, dió algunos pasos atrás para dejar que pasaran sus amos, vió á la señora con los ojos clavados en tierra murmurando entre sollozos, como si al cielo dirigiera sus últimas plegarias, y al conde cruzados los brazos y fija la vista en un retrato que con el uniforme de mariscal de campo, el manto de la órden de Santiago encima, y la mano apoyada en un libro que llevaba por título, «*Comentarios del marqués Santa Cruz*» parecia que tambien por su parte miraba con airada compasion al heredero de su nombre y título, al hijo en quien fundió toda la alegría y esperanza de su vejez, al último vástago del antiguo ilustre tronco, objeto de su postrer pensamiento en la tierra, acaso al primero de sus recuerdos en el mundo de la verdad.

Hay solennes ocasiones en la vida en que lo presente es poco espacio para el pensamiento, y entonces extiende su vuelo á los pasados tiempos; entonces

la imaginacion exaltada evoca las sombras de los muertos, se ve en su presencia, oye su voz grave y sonora como la del bronce, responde á sus cargos; entonces tambien un destello del porvenir ilumina el alma, y los que todavia no son, los que han de formar el ente moral que llamamos posteridad, vienen á pronunciar ante nosotros su tan temido cuanto incierto fallo. En esos momentos, por poca poesia que en suerte nos haya cabido, la vida se convierte en un anticipado paraíso, ó en un preludio del infierno, segun el origen de la ilusion lo da de sí. Tal era la situacion del conde, en quien, mientras contemplaba el retrato de su padre, luchaban las preocupaciones heredadas con las ideas adquiridas, la severidad del ánimo con los consejos de la razon, la violencia de los afectos con la templanza del juicio, la fogosidad del carácter con la madurez de las canas. ¿Qué diré de su esposa? El terror embargaba todas sus facultades mentales; lágrimas y no mas que lágrimas eran su único amparo, y en casos semejantes la fuerza del dolor hace imposible todo raciocinio. ¡Oh! si el pincel de Velazquez ó la pluma de Cervantes pintaran aquel cuadro, inútil me fuera continuar esta relacion; porque Vds. comprendieran desde luego las situaciones, y su talento deduciria fácilmente la consecuencia á que con mi prolijo cuento llegarémos mas tarde: pero pues que yo soy y no otro el que lo sucedido refiere, forzoso será que á mi manera lo haga.

Ya estamos dentro de la torre en un aposento que ocupaba la mayor y principal parte del ámbito de uno de sus pisos, iluminado durante el dia por altas ventanas, en todo semejantes á su puerta, y de noche, por lo menos en los antiguos tiempos, por una lámpara de plata, prolija y curiosamente trabajada al gusto italiano del siglo XVI, lámpara que pendiente del centro de la bóveda daba á aquella habitacion un aspecto de lúgubre regularidad. Cubrian sus muros tapices flamencos de exquisito trabajo, evidentemente contemporáneos de la lámpara, en los cuales con brillantes, aunque algun tanto desentonados colores se veia tejida en realidad, si en la apariencia pintada, la historia de Hércules y los personajes en ella representados, á excepcion del protagonista, vestidos á usanza de cortesanos y damas del tiempo en que la obra fué ejecutada. Un lecho cuadrado y macizo de nogal, con dosel y paramentos de tapiceria, compañeros de la que adornaba las paredes, dos inmensos sillones de nogal cuyos altísimos respaldos terminaban en un primoroso adorno de talla, y una mesa sobre la cual lucia en rico marco de Venecia, y por último una alfombra moruna de dos de-

dos de espesor que cubria los toscos sillares del piso, eran, y son hoy, los principales muebles de aquel cuarto. Añadan Vds., para conocer la habitacion cual si en ella hubieran estado, un crucifijo de plata sobre la mesa, con un candelero de metal á cada lado, y en frente del espejo un retrato de un guerrero, hecho, sino por el Ticiano, que no soy bastante inteligente para afirmarlo, á lo menos, y en eso no tengo duda, por algun pintor de sus discípulos ó imitadores. Debo añadir que el citado retrato no era de cuerpo entero, sino de cintura arriba, y que el personaje en él pintado lo estaba con su coraza y brazaletes de acero, la venera de Alcántara pendiente al cuello de una cadena de oro, la una mano apoyada en el pomo de la espada, la otra en la cimera del casco, colocado á su derecha sobre una mesa, alta la vista y despejada la calva frente, impasible el semblante, duro, en fin, el ademán y gesto.

Decia que estábamos ya en la torre, y debo añadir que tambien en ella habian entrado el conde y la condesa; pero es tarde y lo mejor que por hoy puedo añadir, es la sabida redondilla de Sarmiento:

Pues sabrás, Inés hermana,
Que el Portugués cayó enfermo....
Las onces dan, yo me duermo,
Quédese para mañana. »

(Se continuará.)

VARIEDADES.

Felicitation.—El 2 del corriente á las nueve de la noche tuvieron el honor de ser recibidas por S. M. y sus Madre y Hermana todas las personas que componen la real servidumbre, que se presentaron á felicitar á la Reina con motivo de su determinacion de contraer matrimonio con su augusto primo el Sermo. Sr. Infante Don Francisco de Asís. Las personas que recibieron la honra de ser admitidas en la cámara de S. M. fueron las pertenecientes á las clases de damas de honor, mayordomos de semana, gentiles hombres de casa y boca, los caballerizos, y la oficialidad del cuerpo de Alabarderos. Estos mismos individuos pasaron ayer á las dos de la tarde al palacio de san Juan á felicitar por el mismo motivo á S. A. el Sermo. Sr. Infante Don Francisco de Asís.

Ferrocarriles.—Un periódico inglés dice, que varios de los obreros que estuvieron empleados en la construccion de caminos de hierro de

Inglaterra, han sido contratados para trabajar en los que se piensan hacer en la Península.

Nuevo descubrimiento. — Hasta el día no habían servido de nada las hojas de pino silvestre; pero afortunadamente, y merced á un alemán, se saca de ellas una especie de lana muy fina, que puede reemplazar con ventaja á la lana de los colchones y de los tapices; tanto por ser mas barata, cuanto porque no se halla expuesta á la destruccion que causan en la otra la polilla y los gusanos.

Aun no para aquí el descubrimiento. De las mismas materias se extrae una sustancia que sirve de gas para quemar, y puede ser saludable para muchos casos de enfermedad. Muchos médicos alemanes se sirven ya de él para la preparacion de baños en los hospitales. Por último, del residuo de la preparacion química resulta una turba resinosa que puede reemplazar á la leña y aun servir para las iluminaciones.

Empolladura artificial. — Se emplea actualmente en Inglaterra un nuevo método de empollar huevos; ejecutándolo en escala mayor, y como especulacion de comercio. La máquina de que se valen, es ingeniosa y sumamente sencilla. Tiene un gran depósito de agua, que después de caliente se agita sobre un paño impermeable ó á prueba de agua, con que se cubren y envuelven los huevos. El paño descansa sobre la superficie de estos, y corresponde ó sustituye á la pechuga de la gallina. Esta parte del aparato llamase «calor de contacto superior.» Cuando llega el tiempo oportuno los pollitos salen de los cascarones, sin que nadie los ayude, ni tan siquiera toque á los huevos. Tiene además infinitas casillas, que son ocupadas inmediatamente por los polluelos, denominadas «madres artificiales ó parajes de refugio,» reducidas á unos tubos que se calientan por medio del gas, y en los cuales encuentran el calor que se requiere. De aquí salen ya á correr por una estancia, desde donde se les pone en completa libertad. Parece que por este método son muy raros los huevos que se pierden; y pueden empollar á la vez millares de huevos.

Pormenores de un terremoto. — Por la via de Marsella se han recibido nuevos pormenores relativos al terremoto acaecido el 14 del mes anterior en la Toscana. La mayor parte de los edificios de Liora presenta larguissimas hendiduras, en términos que si por desgracia sobreviene otro

sacudimiento quedará la ciudad arruinada. Durante las oscilaciones de la tierra, las baldosas de las calles que forman las aceras se entreabrieron, volviéndose á cerrar al momento, y la inclinacion de los edificios era tan sensible, que se salian y caian los muebles de sus sitios, y las personas podian apenas mantenerse en pié. Toda la poblacion aterrorizada se salió al momento á las plazas y calles, y al mismo tiempo que los hombres se hallaban fuera de sus casas, se precipitaban dentro para salvar sus familias; las mugeres imploraban de rodillas á la Virgen de Montero, patrona de la ciudad. Durante la noche se sintieron por intervalos nuevas oscilaciones, y la tierra parecia en un estado de continua convulsion. Pero donde ha sido el terremoto mas violento y desastroso es en las campiñas. sobre todo en las *Maresmas*, pais volcanizado: pueblos enteros han quedado arrasados en los distritos de Taulia, Lorenzana, Orciano y Casciano, centro del movimiento oscilatorio, y distante de Liora de cinco á seis leguas. En Volterra se vino abajo la cárcel de estado, sepultando en sus ruinas á muchos de los presos. El pais entero está en continua alarma, acordándose de los terremotos de 1798 y de 1816, cuyas oscilaciones duraron por espacio de nueve dias: asi es que, como los temblores, aunque ténues, se repiten por intervalos de cuatro dias á esta parte, ha salido mucha gente de Liora, y gran parte de los que permanecen vivaquean en las plazas, ó se refugian en los buques del puerto.

Aguas. — La sociedad Económica Matritense, ha dirigido á todos sus corresponsales y á las autoridades y corporaciones de las provincias, una circular invitándoles á que reunan y le remitan cuantos informes puedan adquirir y datos recoger sobre la existencia de manantiales, aguas corrientes, su caudal, la situacion y naturaleza agronómica de las tierras que hayan de recorrer aquellos caudales; las obras que habrán de ejecutarse para el aprovechamiento de las aguas, de quien sea la propiedad de estas, y los presupuestos aproximados de los gastos necesarios.

Propónese con esto aquella sociedad reunir los datos convenientes para poder solicitar del gobierno con conocimiento de causa las medidas de fomento adecuadas á cada uno de los casos y lugares, sin perjuicio de proponer las reformas que convenga introducir en la legislacion que regula hoy en España el aprovechamiento de aguas.

Nuevas publicaciones de la librería de D. JUAN OLIVERES.

COMPENDIO DEL DERECHO ROMANO.

SUS DEFINICIONES,
DIVISIONES Y CUESTIONES MAS IMPORTANTES.

Libro utilísimo

*á los cursantes de leyes, notaria, jurisprudencia
mercantil, y á cuantos aspiren á conocer la
legislacion romana.*

Compuesto en vista de
LAS OBRAS DE VINNIO, HEINECCIO, SALA, ETC.

por D. F. C.

Un tomo en 18.º mayor; 12 rs.

SISTEMA COMPLETO DE FRENOLOGIA,

CON SUS APLICAZIONES AL ADELANTO
I MEJORAMIENTO DEL HOMBRE, INDIVIDUAL I
SOZIALMENTE CONSIDERADO.

POR

Mariano Cubi i Soler,

Fundador I ceca-director de dos coléjios literarios, i
fundador i presidente nato de varias sociedades
científicas.

EN DOS TOMOS.

Terzera Edizion,

correjida, aumentada i mejorada.

Al que compra esta obra se le da de gratis un
cuaderno de testimonios librados al Autor por
varias clases de Frenología que ha tenido en
España.

EL ABUELO,

OBRA DEDICADA

*á los niños, y aun á los adultos cuya educacion
ha sido descuidada; y que de órden del gobier-
no francés está sirviendo de texto en todas las
escuelas de enseñanza primaria de Francia;*

TRADUCIDA AL CASTELLANO

V ACOMODADA A NUESTRAS COSTUMBRES

POR

un español que desea introducir en su patria lo bueno y provechoso.

TERCERA EDICION.

Un tomo muy abultado, en 18.º, 14 rs.

HISTORIA NATURAL DEL GÉNERO HUMANO,

aumentada y enteramente refundida, con láminas.

POR

J. J. VIREY,

Doctor en Medicina de la Facultad de Paris, socio mi-
merario de la Real Academia de Medicina, Profesor
de Historia natural en el Real Aleneo de Paris, indivi-
duo de varias academias y sociedades literarias, así
en Francia como en el extranjero, etc.

PUESTA EN CASTELLANO

por D. Antonio Bergeño de las Casas.

TERCERA EDICION.

Dos tomos en 4.º muy abultados, 60 rs.

BARCELONA:—ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. JUAN OLIVERES,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.